

Román Sol Rodríguez

Santa María en la Sagrada Escritura

RESUMEN: Para estudiar a la Madre de Dios en la Biblia hemos escogido tres temas. El primero se refiere a María preanunciada en el Antiguo Testamento, mediante figuras y símbolos. A continuación, elegimos un texto de san Pablo a los Gálatas para ver cómo se ha leído en la época de los Padres, por la importancia que tuvo en ese periodo. Como tercer tema, veremos un pasaje mariano del evangelio de san Juan, las bodas de Caná, con los comentarios de san Juan Pablo II y san Josemaría Escrivá, por su aplicación a la santidad laical.

PALABRAS CLAVE: Virgen María, Antiguo Testamento, Carta a los Gálatas, Bodas de Caná.

Holy Mary in the Holy Scripture

ABSTRACT: We have chosen three topics to study the Mother of God in the Bible. The first one refers to Mary's presence in the Old Testament, through figures and symbols. We have also selected a text from Saint Paul to the Galatians to see how it was understood at the time of the Church Fathers, due to the importance in that period. Finally, as a third topic, we have focused on a passage of Saint John's Gospel, the wedding at Cana, paying attention to some remarks of Saint John Paul II and Saint Josemaría Escrivá, for its application to lay holiness

KEYWORDS: Virgin Mary, Old Testament, Letter to the Galatians, Wedding at Cana.

Introducción

Normalmente, cuando se habla de la Virgen María —o cualquier otra persona— uno da su opinión, su visión, su imagen. Siendo así, al tratar de la Escritura, si consideramos que quien habla es Dios, tenemos que es Él mismo quien nos dice quién y cómo es María, y no cabe «opinión» más importante. Por eso y como hablamos desde la fe auxiliada por la razón, vamos a procurar ver algo de lo mucho que Dios nos dice de su madre en la Biblia, pero no aislada, sino con una lectura desde la Tradición y de los santos, que es lo que, en definitiva, en el seno

► **Román Sol Rodríguez**, Profesor de Mariología en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, España.
Autor de correspondencia: ✉ rsol@unav.es —  <http://orcid.org/> <https://orcid.org/0000-0003-0123-1743>.

de la Iglesia, se confiesa y se anuncia del papel de santa María en la historia de la salvación.

Por ello, este tema, muy extenso en sí mismo, lo he dividido en tres partes indicadas en el resumen, que abarcan solo algunos de los muchos aspectos posibles. Al comenzar, debe recordarse que cualquier tema mariano debe conducirnos siempre a Jesús, ya que ella nada quiere para sí. Desde el momento que se decide la redención del género humano por la Trinidad y la vía va a ser la encarnación del Verbo, hace falta elegir una mujer que sea su madre. María es la escogida por Dios para ese cometido, para esa misión, para que el Verbo sea hombre. Y esa tarea que desempeña junto a Cristo se puede ver bien desde la perspectiva de Dios, y así apreciamos la obra que Dios realiza en ella es llenarla de gracia y convertirla en su madre; o bien desde los hombres, donde la tomamos como modelo de santidad y tipo de Iglesia, pues en ella se ha culminado ese camino que todos nosotros hemos de recorrer para llegar a Dios, que es ser santos.

Figuras del antiguo testamento

Si nos preguntamos qué tenemos sobre María en el Antiguo Testamento, hay diferentes interpretaciones, incluso dos extremas. Por una parte, la más negativa, que considera que nada se dice, que ella está completamente ausente. Por otra, la interpretación más afirmativa, que la encuentra en cada página, siempre hay algo que puede referirse a la Virgen. En concreto, sobre este punto, el Concilio Vaticano II, en la *Lumen gentium*, cita tres textos como seguros de la mención mariana: «Bajo esta luz, (María) aparece ya proféticamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, hecha a los primeros padres caídos en pecado (*cf.* Gen 3, 15). Asimismo, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Emmanuel (*cf.* Is 7, 14; comp. con Mi 5, 2-3; Mt 1, 22-23)» (LG 55). Los pasajes son Génesis 3, 15, que menciona la serpiente a la que pisará la cabeza la descendencia de la mujer; Isaías 7, 14, sobre la virgen que concebirá y dará a luz un hijo; y Miqueas 5, 2-3, que es la promesa que escuchan los magos

en el palacio de Herodes al preguntar dónde ha nacido el Mesías, y les responden que está profetizado que nacerá en Belén.

Junto a estos, que son los principales, hay otra serie de textos, que podemos leer como marianos porque en la Tradición de la Iglesia se ha hecho así y hoy día sigue teniendo el refrendo de la liturgia. Nos referimos a la edición de las «Misas de la Virgen María» con su misal y su leccionario. Precisamente, en el leccionario, se han escogido varios de libros del Antiguo Testamento, que no la mencionan expresamente, pero que sí permiten una lectura y una aplicación marianas. Entre los más utilizados en este sentido tenemos Sabiduría 8, 1 ss.; Eclesiástico, 24, 1 ss; Cantar de los Cantares; Salmo 45; y algunas figuras marianas de mujeres del Antiguo Testamento, donde hay muchas diferencias, pero también algún parecido que permite la analogía y así pueden verse como prefiguraciones de la Madre del Redentor, que los Padres de la Iglesia han empleado en su predicación y han puesto como ejemplo.

Entre esas mujeres, podrían estar: Sara, esposa de Abraham, que contra toda esperanza engendra al hijo prometido. Rebeca, hija de Betuel, se convierte en esposa de Isaac, y era una joven agradable y bellísima. María, hermana de Moisés, virgen y profetisa que entona una alabanza a Dios. Ana, madre de Samuel, siendo estéril, Dios escuchó su oración y engendró un hijo. Débora, profetisa y juez de Israel, que libró a su pueblo de la dominación cananea. Rut, la espigadora, que cuida de su suegra y por Booz entra en el linaje del mesías. Raquel, por quien Jacob tuvo que trabajar muchos años, y cuya oración Dios escuchó y concibió un hijo, cuando parecía que no iba a tenerlos: «Entonces se acordó Dios de Raquel. Dios la escuchó e hizo fecundo su seno» (Gn 30, 22). Ester, esposa de Asuero, libró al pueblo judío de la persecución decretada por el rey intercediendo por los suyos, como abogada o mediadora de su pueblo. Finalmente, Judit, que es para algunos la figura que mejor anticipa a María de todas, por su victoria sobre el enemigo. Al vencerlo, todo el pueblo con ella levantó un canto de alabanza a Dios, con palabras que usará más tarde la Virgen en la Visitación a Isabel. Sobre todo, para muchos representa a la Inmaculada Concepción, cuando María aplastó la cabeza de la serpiente, como aquella lo había hecho con Holofernes.

Después, todavía tenemos muchas imágenes de la Virgen María, que quizá perduran en pocos sitios, pero, por ejemplo, sí permanecen en el santo rosario, cuando la citamos como «torre de David» o «rosa mística». Precisamente, sobre esto hay un extraordinario texto del papa Pío IX, que corresponde a la bula definitoria del dogma de la Inmaculada Concepción. Ya que, para hablar de la Inmaculada y su raigambre bíblica, el papa menciona bastantes pasajes del Antiguo Testamento donde ya se adivina su concepción sin pecado y actúan como símbolos de su pureza sin mancha: el arca de Noé, aquella escala que vio Jacob, la zarza aquella que contempló Moisés arder, aquella torre inexpugnable, aquel huerto cerrado, aquella resplandeciente ciudad de Dios, aquel augusto templo de Dios, etc. (*cf.* Pío IX, *Ineffabilis Deus*, n. 10).

En esta misma línea, podemos añadir otros términos como la paloma. Su origen puede verse en la paloma que, después del diluvio, sale a explorar la tierra y regresa con la esperanza cumplida del ramo de olivo en su pico (*cf.* Gn 8, 8-12); y en el Cantar de los Cantares está la paloma de quien dice el esposo: «Es única mi paloma, mi inmaculada, la predilecta de quien la engendró» (Ct 6, 9). O la luna, pues es común referirse a la Virgen como luna, ya que su luz es participada del sol y menor, como corresponde a María al lado de su divino Hijo. En el Salmo 89, 38, se dice: «se mantendrá siempre como la luna: testigo fiel en el cielo». Por otra parte, el Eclesiástico nos recuerda que es faro en las alturas: «como estandarte del ejército celeste que brilla en el firmamento del cielo» (Eclo 43, 9).

En este momento querría mencionar el oratorio de la Academia Bibliográfico Mariana de Lérida (España), fundada en 1862 para celebrar el dogma de la Inmaculada, definido pocos años antes. Lo que nos interesa sobre nuestro tema es que toda la decoración de la capilla, en las bóvedas, en los arcos, en las paredes, en las vidrieras, está basada en la Sagrada Escritura, con muchas menciones del Antiguo Testamento, como parte del patrimonio mariano. Por ejemplo, están varias mujeres de las citadas ahora en los espacios entre las vidrieras, y en las bóvedas se pueden contar más de treinta símbolos marianos con su leyenda en latín, como: «Fons ascendebat de terra» (Gn 2, 6); «Fecit rex Salomon thronum de ebore grandem» (1 Re-10, 18); «Altare aureum in quo adoletur incensum» (Ex

40, 5); o «In vertice montium» (Is 2, 2). Otros son: el «cielo empíreo», la «mesa de los panes», el «altar de oro», el «arca de la alianza», etc., por lo que resulta toda una catequesis mariana con base en la Sagrada Escritura.

La Epístola a los Gálatas

Los textos del Nuevo Testamento que se consideran más antiguos por los exégetas son san Pablo y san Marcos, que son por otra parte los que menos mención hacen de la Santísima Virgen. En concreto, en las epístolas de san Pablo solo encontramos un versículo explícitamente mariano. Este se halla en Gálatas: «Pero al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley» (Gal 4, 4); que se completa en el versículo siguiente: «para redimir a los que estaban sometidos bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gal 4, 5). Lo vamos a considerar, sobre todo, por la importancia que ha tenido en las controversias cristológicas y la relevancia del papel de María como Madre del Verbo encarnado. Justamente, este texto que fue muy utilizado por los Padres de la Iglesia en las controversias con los docetas y con los maniqueos, pocos amigos de la materia y el cuerpo.

En cuanto al análisis que podemos hacer de Gálatas, lo primero que se aprecia es una clara construcción en paralelo, de quien ha «nacido de mujer» y ha «nacido bajo la ley», para una doble finalidad, «para redimirnos» y «para que recibiésemos la adopción de hijos», que a su vez puede verse como una filiación del Padre y una filiación de la mujer, que es su madre.

Veamos la doctrina patrística, ¿por qué esta perícopa es tan crucial? Pues porque viene a ser un breve compendio de teología en el marco de la historia de la salvación, significado por la llegada de la plenitud de los tiempos. Tenemos que Dios envía a su hijo, para que pueda realizar su misión, y es hecho de mujer, para redimir a los que están bajo la ley a fin de adoptarnos con el poder del Espíritu Santo. Es un texto cristológico, trinitario y mariológico. Por tanto, tiene una extraordinaria concentración teológica. Tan citado ha sido, que, en el Corpus Marianum Patristicum, en siete volúmenes a cargo de Sergio Álvarez Campos, que se preocupó de reunir todo lo que decían los Padres de la Iglesia sobre la

Virgen María, se pueden encontrar reunidas más de ciento veinte citas, de muy diferentes Padres. Al respecto, hay dos tradiciones, la griega y la latina. Entre los griegos, contamos con san Basilio, Apolinar de Laodicea, san Juan Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia, san Cirilo de Alejandría, Crisipo de Jerusalén y Filoxeno de Mabburg. Entre los latinos figuran: san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín.

Pese a la abundancia, nos contentaremos con hacer referencia a un solo autor, san Ireneo (griego de origen y latino de expresión), suficientemente representativo de la cuestión, por su participación en las controversias cristológicas de los primeros siglos. En *Adversus haereses* cita cinco veces Gálatas 4, 4, el «nacido de mujer», que va a tener gran importancia frente al docetismo, pues María va a resultar fundamental en el siglo II para defender la verdadera humanidad de Cristo, y esto es lo que se recoge en los Padres de la Iglesia. Así son testimonio de una incipiente mariología, porque se encuentran con el problema de defender la realidad de la carne de Jesús, la recibida de María en la encarnación. «Así, de un modo evidente, indicaba que hay un solo Dios, el cual ha anunciado por medio de los profetas la promesa que se refiere al Hijo; y que hay un solo Jesucristo, Nuestro Señor, que proviene de la descendencia de David según la generación que procede de María» (*Ad. haereses*, 3, 19, 3). El enfoque ireneano consiste en decir: Santa María es la tierra virgen de la que ha sido moldeado el cuerpo del Redentor, en forma simétrica a como el cuerpo del primer Adán fue modelado de tierra virgen. Por ello Ireneo estima de vital importancia que la maternidad de santa María sea real en el más estricto de los sentidos, como es real la carne de Adán.

En sentido opuesto, los docetas sostenían que el Verbo no se había encarnado, pues les costaba entender que Jesús fuera hombre, en cambio, no tenían ninguna dificultad para creer en su divinidad, dado que vivían en un contexto pagano con muchos dioses, incluso con aventuras terrenas. Por todo ello, no veían qué valor podía tener un dios que fuera también hombre, si la condición humana les parecía despreciable, como todo lo material; y les bastaba con que Jesús tuviera una simple apariencia humana, al modo de un fantasma.

Por tanto, los docetas eran cristianos que creían que Jesús era Dios, pero no hombre de verdad. Lo cual tiene enormes consecuencias, por ejemplo, la crucifixión se convierte en mera ficción, así Jesús ni sufre ni muere, porque no tiene un verdadero cuerpo humano. Contra esa posición, por sostener la entera revelación, los Padres defienden la verdadera humanidad de Cristo, que su cuerpo humano no es apariencia.

Por eso es tan decisivo que san Pablo diga del Señor que es «nacido de mujer», y por tales razones se cita tanto esta perícopa en este periodo patristico, en medio de controversias decisivas para la cristología, porque el estatuto ontológico de Jesús, su ser personal, está en juego. María es quien le da el cuerpo, Jesús es hombre porque es hijo de María. Como lógica consecuencia una vez definido el estatus de Jesús, quedará hacer lo mismo con la Virgen, y eso llegará en Éfeso cuando se diga, por la unidad en la persona de las dos naturalezas de Cristo, que María como madre de Jesús es Madre de Dios. De modo que se establece, a partir de la Escritura, la doble filiación de Jesús, hijo del Padre en su divinidad, con su nacimiento eterno, e hijo de María en su humanidad, con su nacimiento terreno.

Como el texto paulino habla de nuestra filiación adoptiva, que en un primer momento nos hace pensar en convertirnos en hijos del Padre, que es lo principal, también debe llevarnos a caer en la cuenta de que podemos tener la misma doble filiación de Jesús y convertirnos en hijos de María. Así seguimos a Cristo en la filiación, hijos del Padre e hijos de María.

Las bodas de Caná

En los evangelios, pese a la relevancia de los textos mateanos y lucanos, optamos por ir directamente al evangelio de san Juan, y en él a la escena de las bodas de Caná, por la relevancia creciente que ha adquirido en la espiritualidad contemporánea. Vamos a ver en esta parte última cómo ha utilizado el papa Juan Pablo II este texto. Nos va a permitir ver esas acentuaciones que los pasajes reciben en el tiempo y es lo que pretendemos mostrar con esta selección. Por ejemplo, en la encíclica mariana *Redemptoris Mater*, nº 21, escribe: «En el texto joánico, por el contrario, se delinea en la descripción del hecho de Caná lo que

concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades».

Señala sobre todo la nueva maternidad de María. Normalmente, esta maternidad se asocia más al testamento de Cristo en la cruz, «ahí tienes a tu hijo» y «ahí tienes a tu madre» (cf. Jn 19, 26-27). Juan Pablo II adelanta la maternidad espiritual de María al momento de las bodas de Caná. Es un nuevo sentido de la maternidad de María que se da en el reino de Dios, según el Espíritu, que supone la solicitud de María por los hombres. El «no tienen vino» se lee como signo de maternidad, es la lectura que se viene haciendo en los últimos años. Así María se preocupa por nosotros, descubre la indigencia humana, quizá en un detalle pequeño y de aparente poco interés. Ella también podría haber pensado «que más nos da», pero a ella sí le importa. Esto da a entender, como dice el santo padre, que esas cosas ya no son de poco relieve, porque a ella le interesa todo lo nuestro. Cualquier cosa que nos pase, la hace suya, todo es relevante para la salvación del mundo.

En la misma *Redemptoris Mater*, comentando Juan Pablo II el «haced lo que él os diga», señala: «La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse. para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a «su hora». En Caná María aparece como la que cree en Jesús, su primera discípula; su fe provoca la primera «señal» y contribuye a suscitar la fe de los discípulos» (RM 21). Por tanto, por los efectos de su fe en aquellos discípulos y en nosotros, María es maestra de nuestra fe.

En otro momento, ya fuera de la encíclica mariana sobre la Virgen, el mismo papa en una audiencia general habla de cooperación en la misión de su hijo, vuelve a ser la idea de la mediación, de realizar la redención con Jesús mientras se está llevando a cabo, una asociación a la misión salvadora de Cristo. «En el episodio de las bodas de Caná, san Juan presenta la primera intervención de María en la vida pública de Jesús y pone de relieve su cooperación en la misión

de su Hijo. (...) El episodio de las bodas de Caná nos estimula a ser valientes en la fe y a experimentar en nuestra vida la verdad de las palabras del Evangelio: «Pedid y se os dará» (Mt 7, 7; Lc 11, 9)» (Audiencia general 26-2-1997).

Y en otra audiencia poco posterior (*cf.* Audiencia general 5-3-1997) aparecen muchos más elementos que Juan Pablo II descubre en este pasaje, porque está la cooperación de María a toda la obra de Cristo, que no empieza en el momento de la cruz, sino que se desarrolla durante la vida del Señor en que ella es compañera constante. En definitiva, en Caná, María comienza el camino de la Iglesia. Por todo ello, puede apreciarse la enorme riqueza del pasaje joánico en su variado contenido desde la actual interpretación magisterial.

Daremos fin a esta tercera parte y a la ponencia con la exégesis de san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, que cronológicamente debería haber ido antes ya que su fallecimiento fue en 1975, tres años antes de la llegada de Karol Wojtyła al pontificado. A Escrivá le servía mucho para transmitir su mensaje que es la santificación del cristiano en la vida ordinaria. Es decir, ser santos en las ocupaciones comunes, en las cosas pequeñas de la jornada. Quizá dentro de las escenas que hay en el evangelio, una de las más corrientes y comunes es las bodas de Caná. Por ello, tiene muchos textos glosando la escena y vamos a escoger alguno.

En un libro de homilías, comenta: «Pensemos, por ejemplo, en el relato de las bodas de Caná. Entre tantos invitados de una de esas ruidosas bodas campesinas, a las que acuden personas de varios poblados, María advierte que falta el vino. Se da cuenta Ella sola, y en seguida. ¡Qué familiares nos resultan las escenas de la vida de Cristo! Porque la grandeza de Dios convive con lo ordinario, con lo corriente. Es propio de una mujer, y de un ama de casa atenta, advertir un descuido, estar en esos detalles pequeños que hacen agradable la existencia humana: y así actuó María» (Es Cristo que pasa, 141).

En otro volumen de homilías, nos invita a imitarla en la fe: «Si nuestra fe es débil, acudamos a María. Cuenta San Juan que, por el milagro de las bodas de Caná, que Cristo realizó a ruegos de su Madre, creyeron en El sus discípulos.

Nuestra Madre intercede siempre ante su Hijo para que nos atienda y se nos muestre, de tal modo, que podamos confesar: Tú eres el Hijo de Dios» (Amigos de Dios, 285).

Volvemos a encontrar la idea de mediación, de intercesión. Hagamos un resumen de los temas claves: se habla de una escena familiar, el papel de una ama de casa, la atención a los detalles pequeños, la vida ordinaria que se eleva al plano sobrenatural, la convicción de que todo lo humano puede ser divino, María actúa como nuestra madre, su intercesión es poderosa, la confianza que se tiene en una buena madre y, al igual que ocurría con Juan Pablo II, hay todavía más apreciaciones valiosas.

También habla mucho del matrimonio. «El amor puro y limpio de los esposos es una realidad santa que yo, como sacerdote, bendigo con las dos manos. La tradición cristiana ha visto frecuentemente, en la presencia de Jesucristo en las bodas de Caná, una confirmación del valor divino del matrimonio: «fue nuestro Salvador a las bodas—escribe San Cirilo de Alejandría—para santificar el principio de la generación humana». (Es Cristo que pasa, 24). También, a su juicio, incluye una invitación al apostolado o el descubrimiento de la vocación: «Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el hacer lo que Él os dirá se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal» (ibid., 149).

En conclusión, hemos querido mostrar cómo la Virgen María está en la Escritura y cómo se ha ido leyendo y entendiendo en la vida de la Iglesia, en la Tradición y la espiritualidad cristianas, mediante el comentario de unos ejemplos concretos, porque puede ayudarnos a todos a vivir la fe y crecer en devoción a la Madre de Dios.

Conflicto de intereses: El autor declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:**

R.S.R. desarrolló las ideas y escribió el artículo. Ha leído y aprobado el manuscrito final. **Contacto:** Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) rsol@unav.es

Referencias

- Álvarez, C, Sergio. (1985). *Corpus Marianum Patristicum*, 7 vols., Aldecoa, Burgos, España: 1970-1985.
- Pío IX, Beato. (1984). *Bula dogmática definitiva Innefabilis Deus*, 1854.
- Ireneo de Lyon, San. (1999). *Contra las herejías*. Adversus haereses, Apostolado mariano, Sevilla, España.
- Escrivá, Jose María, San. (1973). *Es Cristo que pasa*. Rialp, Madrid, España.
- Escrivá, Jose María, San. (1977). *Amigos de Dios*. Rialp, Madrid, España.
- Juan Pablo II, San. (1987). «Encíclica Redemptoris Mater», *La Santa Sede*, 1987. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25031987_redemptoris-mater.html
- Juan Pablo II, San. (1998). *La Virgen María. Catequesis sobre el Credo*. Audiencias generales 1995-1997, Palabra, Madrid, España.

Información sobre el autor

► **Román Sol Rodríguez** es profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra-España. Doctor en Teología dogmática. Profesor de Mariología en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Subdirector del Instituto Mariológico de Torre ciudad (Santuario Mariano de Huesca, España). **Contacto:** Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, España — (✉): rsol@unav.es. —  <http://orcid.org/> <https://orcid.org/0000-0003-0123-1743>.

Como citar este artículo

Sol Rodríguez, Román. (2020). «Santa María en la Sagrada Escritura». *Analysis* 25, pp. 1-11.